

En recuerdo de Ricardo Melgar

Ricardo León García*



Qué difícil hablar de quien se ha retirado de esta vida habiendo dejado una huella tan profunda por dondequiera que pasó. Conocí a Ricardo casi desde que llegó a la Ciudad de México en

1977 y nunca dejé de tratarlo, sino hasta ahora que nos deja. Llegó por un tiempo a México, pero algo nos dijo que sería en forma definitiva, que ya no dejaría el país.

En toda la extensión de la palabra, Ricardo fue un maestro. Jamás escatimó tiempo ni esfuerzo para hacer de sus pupilos gente comprometida, personas pensantes, ciudadanos activos, investigadores acuciosos, docentes siempre. Conmigo fracasó, pero me han rodeado muchos otros con los cuales tuvo el éxito deseado.

Gracias a su generosidad, mientras gozábamos de la juventud apren-

dimos a trabajar hasta dejar terminado el asunto que nos mantenía reunidos. Alrededor de un proyecto académico y otro y otro, hicimos nuestras vidas pues a ello llegamos a dedicarle todo el tiempo. Comíamos lo que podíamos, dormíamos apenas lo suficiente, bebíamos lo que había al alcance, pero nunca soltábamos los libros, los documentos de archivo, los diarios de campo, las grabadoras, la máquina de escribir...

Con Ricardo recorrimos el mundo a partir de los libros, del cine, de la música, de las tradiciones, de los intelectuales latinoamericanos, de los grandes pensadores que la humanidad ha dado. Conocimos bibliotecas que jamás hubiésemos imaginado, recorrimos librerías que no aparecían en los directorios, estuvimos en reuniones extrañísimas con individuos de la más diversa índole política, académica y económica. Gracias a sus redes sociales –formuladas, alimentadas y sostenidas mucho antes de la existencia de los mecanismos electrónicos para inventar relaciones

Fecha de
recepción:

2020-08-11

Fecha de
aceptación:

2020-08-13

CHA
MI
ZAL

* Profesor Investigador del Departamento de Humanidades, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.



entre la gente—, muchos de sus alumnos pudimos escuchar a gente extraordinaria. En no menos de una ocasión, pudimos también viajar hacia donde se realizaban esas reuniones. Junto con él o debido a sus instancias nuestras redes se expandieron, nuestras visiones se ampliaron, nuestras ideas pudieron salir del provincianismo. Salimos del esquema de las trincheras para plantar posiciones en diversos campos del desarrollo intelectual.

Su experiencia nos llevó a formarnos como antropólogos en el campo, entre los rarámuri y en las colonias populares. Entrevistamos a viejos líderes obreros y campesinos, nos involucramos en muchas de sus luchas, devoramos los materiales que produjeron y les dimos un tratamiento antes de la existencia de los ordenadores digitales. Azuzados por su insistencia para redondear lo que había pendiente en este y en aquel proyecto, perdimos el miedo para pararnos frente a quienes tenían una larga carrera dentro de la academia, de las letras, del arte, para no dejar cojo eso que ya habíamos comenzado. Por su tenacidad, conocí a gente que jamás imaginé cruzaría palabra alguna, leí autores a los que había eludido por temor a la dificultad o a otros prejuicios. “Porque para criticar todo aquello en lo que no estamos de acuerdo, hay que conocerlo a profundidad y no andar con medias tintas”, y nada de andarse con medias tintas. La amistad, el compromi-

“Porque para criticar todo aquello en lo que no estamos de acuerdo, hay que conocerlo a profundidad y no andar con medias tintas”

so compartido, la cercanía, jamás fue obstáculo para que de su boca saliera el “no seas pendejo, Ricardo”.

Mi profesor de antropología por muchos periodos me enseñó a lidi-

ar con la sociología y con la filosofía, con la historia y con la economía, con la política y con la psicología, con la estética y con la tradición, con lo nuevo y con lo posible. “A construir utopías, por más imposible que parezca”. Pude haber aprendido más de él; sin embargo, también supe que estar atado a un lugar puede evitar el crecimiento intelectual. Me alejé de sus ámbitos cotidianos para construir unos nuevos, alejados por nuevas circunstancias, lo cual no obstó para seguir cultivando el intercambio de ideas y recibiendo regaños y recomendaciones.

Hace alrededor de veinte años surgió la idea de donar a la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez parte de su valiosísima biblioteca y archivo latinoamericanos. Para esta ciudad resulta fuera de lo ordinario contar con un acervo tan valioso. Gracias a su generosidad, la colección Ricardo Melgar Bao dentro de la Biblioteca Central Carlos Montemayor es uno de los conjuntos documentales sobre los movimientos sociales en América Latina más importantes en México.

Gracias por todo, Ricardo Melgar (Lima, 1948; Cuernavaca, 2020). 

